

RESEÑAS

JEAN MAILLOT, *La traducción científica y técnica*, Gredos, Madrid, 1997; 378 pp.

El libro presenta una multitud de datos referentes a la traducción científica y técnica, con un *corpus* constituido principalmente por términos de la electrotecnia, la navegación y la química, campos que nuestro autor, bretón, conoce bien, en particular el de la navegación, por su experiencia laboral en este campo.

A lo largo de sus 378 páginas, Jean Maillot muestra no sólo su maestría como traductor, sino también sus grandes conocimientos en varias lenguas, en particular en alemán, ruso, inglés y francés —su lengua materna— así como su dominio en el ámbito científico que describe.

Si bien Maillot se centra en la problemática de la traducción científica y técnica, y se dirige a los traductores que trabajan en empresas donde su labor muchas veces complementa la del documentalista, este libro puede ser de gran ayuda para todo traductor principiante. Los primeros capítulos se dedican a problemas generales sobre las lenguas y la traducción, tales como la sinonimia, la polisemia, los falsos amigos, los escollos a los que puede llevar un conocimiento insuficiente tanto de la lengua de partida como de la lengua de llegada, consideraciones sobre las diferencias morfológicas entre las lenguas, las relaciones entre traducción científica y literaria, y entre traducción y lingüística. La segunda parte contempla cuestiones que se refieren específicamente a la traducción científica y técnica: medidas y magnitudes en distintas lenguas, el problema de siglas y abreviaturas, la normalización, los organismos internacionales, las instituciones, las reglas de transcripción y transliteración, los diccionarios monolingües, bilingües, las fuentes posibles de información en caso de duda o desconocimiento, y termina con temas relacionados con el papel del traductor y su responsabilidad.

Este libro es sin lugar a dudas un excelente manual; proporciona una gran cantidad de datos para todos aquellos que creían que el campo de la traducción científica y técnica estaba desprovisto de ambigüedades. Enterarse, por ejemplo, de que la “Ley de Lenz”, que los rusos atribuyen a Joule, se dirá en esta lengua “La ley de Lenz-Joule”, o que la “Loi de Mariotte” equivale en inglés a la “Boyle’s law”, por razones de desacuerdo entre las distintas naciones acerca de la paternidad del fenómeno, no es cosa menor. Saber que el *codo* de tubería se expresa en alemán o en ruso por la metáfora de la rodilla, que la palabra “control” en inglés significa “control” o “comando” en español, que la palabra inglesa “generator” se traducirá en francés “générateur” o “génératrice” según el contexto técnico de referencia, que hay que cuidarse de los calcos hasta en la terminología científica, todo esto interesa mucho a los traductores, pero no sólo a ellos. El libro de Maillot abunda en consideraciones lingüísticas generales de gran utilidad para quienes se dedican a la docencia de la traducción o de la terminología.

Ahora bien, si este libro ofrece múltiples datos empíricamente comprobados, la reflexión teórica acerca de la traducción y la lingüística deja mucho que desear. Maillot parece más atraído por la polémica que por la teoría y allí es donde, quizá, el libro falla. Cabe mencionar que *La traducción científica y técnica* es una reedición, y en la introducción que el propio autor incluye en la nueva edición —cuya fecha, por cierto, no menciona la editorial Gredos— escribe: “En un estudio como éste interesa, ante todo, evitar abstracciones estériles, como se dan en ciertos autores que, con gran despliegue de esquemas funcionales, intentan imaginar lo que puede ser la actividad cerebral del traductor entre el instante en que ha captado la idea expresada por la lengua original y el instante en que expresa esa misma idea en la lengua terminal. Tales consideraciones no tienen ninguna aplicación práctica” (p. 22).

Una vez más nos encontramos ante el rechazo por parte de los traductores ante cualquier intento de formalización de su actividad. La reacción de Maillot no tiene por qué sorprendernos: la mayoría de los traductores piensan así, incluso aquellos que escriben acerca de la traducción. Muy molesto se muestra nuestro autor cuando su amigo, el lingüista George Mounin, dice que su libro “carece de una buena presentación científica” y, entre otras cosas, de bibliografía. A este reproche Maillot contesta arguyendo que los traductores, por lo general, no tienen tiempo de leer todos los artículos y libros que se están publicando en el campo de la traducción, y que, además, lingüistas y terminólogos no hablan el mismo lenguaje. Cierto. Sin embargo, Maillot no puede dejar el campo teórico de lado; efectivamente, sus referencias son pobres.

En un intento valioso por elevar la traducción al rango que se merece, es decir, al de una actividad realmente profesional, Maillot retoma la dicotomía planteada por Edmond Cary —la traducción “ciencia o arte”—, dicotomía que hoy carece de interés. Su argumentación parece dirigida exclusivamente a denunciar la postura de Cary, quien en los años cincuenta escribió uno de los primeros libros sobre traducción literaria en Francia, y quien redujo, es cierto, la traducción científica y técnica a un oficio de menor complejidad o de mera traducción terminológica. Las referencias de Maillot al mundo de la lingüística se centran en George Mounin, cuyos aportes a la reflexión en torno a lingüística y traducción fueron pioneros en Francia y siguen siendo de innegable valor, pero que hoy en día no pueden ya constituir la única referencia. Maillot lamenta, al hacer mención de la lingüística, la falta de precisión terminológica que la caracteriza, de manera que parece cuestionar su naturaleza científica. Así, al reproducir una cita de Vinay y Darbelnet en la que éstos afirman que la lingüística es sin duda la más exacta de las ciencias del hombre, Maillot escribe: “lo que parece tanto más discutible cuanto que no brilla por la precisión de su vocabulario, característica inseparable de la noción de ciencia” (cf. p. 171). Si seguimos a Maillot, ninguna de las ciencias llamadas humanas accedería a la categoría de ciencia dada la creación conceptual y terminológica permanente —no exenta de confusión, es cierto— que las caracteriza. Cuando toca la cuestión del relativismo lingüístico y de las “visiones del mundo”, Maillot no hace sino caricaturizar las teorías neohumboltianas y la postura de Mounin al volver a su ejemplo ya canónico de “il traversa la riviere a la nage” y sus distintas traducciones al inglés, al español y al alemán. En cuanto a las consideraciones estilísticas, el libro más citado es *La stylistique comparée* de Vinay y Darbelnet, obra ampliamente conocida por todos aquellos que nos dedicamos a la teoría de la traducción, obra también pionera y seria, que abunda en ejemplos de traducción entre inglés y francés y en consideraciones estilísticas. Pero es de lamentar que Maillot, en este capítulo dedicado al estilo, muy escueto por cierto, no diga nada al respecto, y en cambio mencione algunos puntos sintácticos como la voz, el gerundio y los tiempos verbales que por más fundamentales que sean, no agotan la cuestión del estilo ni la función que éste tiene en la producción de sentido. En las pocas páginas en las que trata la traducción literaria, casi la reduce a una traducción de términos. Los ejemplos del reduccionismo teórico de Maillot son múltiples y desgraciadamente restan seriedad a la obra.

Finalmente, quisiera destacar un último punto. Maillot dedica 378 páginas a exigir del traductor paciencia, prudencia, conocimiento y trabajo en cuanto a la precisión terminológica en el oficio. El propio Valentín García Yebra, en su prólogo, elogia no sólo las cualidades de su amigo Maillot, sino también a la traductora de su obra. El libro, en

general, parece bien traducido. Sin embargo, no podemos quedarnos mudos ante ciertos errores de traducción: en los escasos pasajes que dedica a la traducción no científica, y al hablar de los problemas de “quiasmos o cruces” producidos por los “falsos amigos”, cita el ejemplo de “La morase” y “le moral” en francés, que en inglés dan *morale* o *moral* y *morale* respectivamente, el primero refiriéndose en español a “la moral”, en el sentido de moralidad, y el segundo, al estado de ánimo o a “la moral” en expresiones como *tengo la moral en alto*, de ninguna manera a “lo moral” como se tradujo en este libro (p. 67). En su apartado dedicado a “Denotación y connotación”, la traducción dice: “Hay novelas que se limitan a describir *estados de alma*, en el verdadero sentido del término y no de su uso abusivo, que lo convierte en sinónimo de «morosidad», otra palabra de moda; pero hay otras cuya acción se desarrolla en la vida *corriente* y que inevitablemente tienen que usar términos técnicos” (p. 189, las cursivas son mías). Dos problemas surgen claramente aquí: 1) traducir la expresión francesa “état d’âme” con un calco tan literal, valga la redundancia, es una barbaridad tan grande como las que denuncia Maillot, cuando saca a relucir algunas perlas encontradas en varios textos traducidos por grandes escritores. La única traducción posible aquí era “estado de ánimo”, porque en español el alma no tiene estado(s); 2) el segundo subrayado —“corriente”— es más tenaz ya que lo encontramos a lo largo de toda la obra. El francés utiliza constantemente expresiones como “langue courante”, “langage courant”, “vie courante”, por oposición a los lenguajes especializados o acontecimientos específicos o extraordinarios. En español, el uso más frecuente de “corriente” se opone no a lo excepcional sino a lo fino, y tiene connotación negativa. El texto español abunda en “lengua corriente”, “vida corriente”, “palabra corriente”.

¿Acaso no se puede exigir que un libro dedicado a la traducción y a la precisión terminológica esté exento de semejantes defectos? Quizás se trate sólo de detalles y tal vez los que nos dedicamos a este oficio tenemos una lectura demasiado viciada. De cualquier manera, esto último no le quita nada a las grandes cualidades de Jean Maillot ni a su traductora —hay que reconocer el gran mérito de la editorial que antepuso a todos los términos traducidos el término original en francés— ni, por supuesto, al prólogo conmovedor de Valentín García Yebra que nos permite apreciar a un incansable traductor y terminólogo. Apenas produce un ligero desconcierto.

DANIELLE ZASLAVSKY
El Colegio de México